

CAPITULO XLI.

Reinado de Teudis. — Sitio de Zaragoza por los francos. — Medio de que se valieron estos para librarse de Teudiselo. — Reinado de este. — Agila. — Su breve reinado. — Atanagildo. — Liuva I.

MUERTO Amalarico en Narbona por los francos, y no dejando sucesión, se reunieron los godos con objeto de nombrar quien le reemplazara.

Al tratarse de este asunto, todas las miradas se fijaron en Teudis, en el noble ostrogodo que tan acertadamente rigiera el reino durante la menor edad de aquel; y tanto prestigio conservaba todavía, tanto partido tenía aun, que fue aclamado rey por unanimidad.

Poco tiempo llevaba de ocupar el trono, cuando los francos, enemigos constantes de los visigodos, trataron de apoderarse de los dominios de estos en las Galias, causa del antagonismo entre ambos pueblos; pero fueron derrotados y obligados á mantenerse pacíficos.

Pero pasados algunos años, en 542, los reyes de París y Soissons, sin pretexto ni motivo alguno, invadieron la España, pasando los Pirineos, y merced á la sorpresa natural en semejantes casos, se apoderaron de Pamplona y otras varias ciudades, llegando hasta poner cerco á Zaragoza.

Libróse esta ciudad de sus enemigos de una manera extraña, y que merece referirse.

Era tan apretado el sitio en que los francos la tenían, que no iba á quedar á sus habitantes, entregados á sus propias fuerzas, mas recurso que rendirse, cuando pensaron en acogerse á la protección de su patrono san Vicente, para lo cual sacaron en procesion la túnica de este con gran solemnidad, yendo detrás hombres y mujeres con grandes demostraciones de luto y dolor.

Pasearon así la reliquia en derredor de la muralla, y habiéndole chocado á Childeberto, rey y caudillo de los sitiadores, trató de informarse, y cuando lo estuvo, mandó á decir á los zaragozanos, tal era su fervor religioso, que les dejaba libres en consideracion al Santo, poniéndoles por única condición que le entregaran una reliquia de él.

Hicieronlo así enviándole la estola, y el Monarca franco se dirigió á su país mas satisfecho con ella, que con cuanto botín hubiera podido alcanzar en Zaragoza.

Mas al intentar repasar los Pirineos, se encontró con un formidable ejército de visigodos á las órdenes del general Teudiselo que ocupaba todos los pasos, por lo cual, conociendo lo desventajoso de su posición, trató de excitar la codicia de este ofreciéndole una gran suma de dinero.

Aceptóla el godo concediendo á Childeberto en su consecuencia una tregua de veinte y cuatro horas, pero no tuvo tiempo bastante para pasar todo el ejército, y Teudiselo, roto ya su compromiso, se arrojó sobre los que quedaban y los pasó á cuchillo.

Un desgraciado suceso vino á amortiguar la gloria de Teudis.

Ceuta, ciudad que primitivamente perteneciera á los godos, habia sido conquistada por los imperiales de Oriente á las órdenes de Belisario, general del emperador Justiniano; envió el Monarca español un ejército para recuperarla, y lo hubiera conseguido indudablemente á no ser por su extremado rigorismo religioso que les prohibia combatir el domingo, de cuya circunstancia se aprovecharon los sitiados cayendo sobre ellos, cuando se hallaban confiados de que estos les imitarían, y destruyéndoles completamente.

Este fue ya el último hecho digno de nota del reinado de Teudis; algun tiempo despues fue asesinado por un loco, verdadero ó fingido, que le atravesó con una espada.

Nombróse para reemplazarle al general Teudiselo, que murió asesinado por los nobles al año y medio, sucediéndole Agila, en contra del cual se levantaron varias ciudades.

A estos disturbios debió la corona Atanagildo, que supo aprovecharlos é interesar en su favor al emperador de Oriente Justiniano, ofreciéndole varias plazas del litoral del Mediterráneo, y apoyado por algunos nobles y por un ejército que este envió para sostenerle, marchó contra Agila, á quien derrotó en las cercanías de Sevilla, y le obligó á retirarse á Mérida, donde le asesinaron sus mismos partidarios proclamando en seguida al vencedor.

Este fijó su corte en Toledo, y conociendo la imprudencia que habia cometido en entregar á los imperiales las plazas indicadas, trató de repararla arrebatándoselas por la fuerza; pero solo algunas pudo recobrar, porque, como dice D. Modesto Lafuente (1), «es siempre mas fácil la entrada que la salida de los extranjeros que una vez son llamados á un país como auxiliares.»

A excepcion de este hecho, ningun otro merece especial mencion en los once primeros años de su pacífico reinado; pero en 566, Sigiberto, rey de Metz y nieto de Clodoveo, pidió con general extrañeza, y obtuvo la mano de Brunequilda, su hija, y en el siguiente, Chilperico, monarca de Soissons y hermano del anterior, hizo igual pretension y con el mismo éxito de la de Golsuinda, hija tambien de Atanagildo, si bien este enlace costó al Monarca godo gran repugnancia, pues la fama que Chilperico tenía en punto á continencia no era la mas á propósito para tranquilizarle.

El erudito historiador Masdeu hace un magnífico elogio de la es-

(1) *Historia de España*, t. I, lib. IV, cap. II.

posa de Sigiberto, del cual tomamos los siguientes culminantes párrafos:

«Esta reina, que tuvo la gloria de emparentarse con tantos reyes de Francia, y el gozo de ver coronados á sus hijos y nietos, y aun á su biznieto, sufrió por el largo curso de su vida persecuciones gravísimas de Chilperico, rey de Soissons, y de Fredegunda su mujer, y por fin acabó sus dias con muerte vergonzosísima por infame sentencia del rey Clotario, hijo de Fredegunda. El motivo de la persecucion fue la muerte bárbara y alevosa que dió Chilperico á su mujer Golsuinda, para satisfacer los amores y celos de Fredegunda; pues habiendo intentado los demás reyes de Francia, hermanos de Chilperico, vengar esta muerte con una guerra, los dos culpados atribuyeron toda la venganza á Brunequilda por ser hermana de aquella. En esto convienen todos los historiadores de Francia y no hay la menor disputa. La cuestion está en la muerte cruelísima que mandó dar el rey Clotario á Brunequilda y á todos sus descendientes, porque la sentencia fue tan atroz y escandalosa, que debe necesariamente ó ser Clotario un rey tirano, ó Brunequilda una mujer infame...»

«Se hace cargo á Brunequilda de la muerte de su propio marido Sigiberto, pues dicen que el rey Clotario, cuando la sentenció, le echó en cara esta muerte y la de otros nueve reyes. San Gregorio de Tours, escritor coetáneo y francés, refiere que mataron á Sigiberto dos sicarios pagados por Fredegunda... No es malignidad insufrible que un delito cometido por la mayor enemiga de Brunequilda, para ofenderla y llenarla de amargura se atribuya á la misma persona ofendida? ¿No es locura pensar que Clotario, hijo de Fredegunda, pudiese culpar públicamente á esta princesa de lo que todos sabian ser obra de su madre?»

«Brunequilda se casó en segundas nupcias con su sobrino Meroveo, y habiendo muerto, dicen, á su primer marido, mató tambien al segundo. No puede inventarse fábula mas contraria á las mismas historias de Francia, no solo á la de san Gregorio, pero aun á la de los mismos calumniadores de Brunequilda. Es innegable que Meroveo se hizo matar por su criado para librarse del furor de Chilperico, su padre, que le perseguía de muerte por el casamiento hecho con Brunequilda, y es igualmente indubitado, como lo refiere san Gregorio, que fue obra de Fredegunda el hacer salir á Meroveo del asilo en que estaba, y hacerle caer en manos de los que le prendieron para entregarle á su padre...»

«Los que hacen rea á Brunequilda de la muerte de Meroveo, la culpan tambien de la del rey Chilperico. Esta acusacion es tan claramente falsa, que aun el autor de los *Hechos de los reyes francos*, y el monje Asinoio, siendo enemigos declarados de Brunequilda, dan toda la culpa de la muerte de dicho rey á Fredegunda su mujer. Dicen que la mala hembra, viendo descubiertos sus torpes amores con Landérico, hizo matar al marido que volvía de la caza, antes de que él tuviese tiempo de matarla á ella... Además de las muertes que he referido de diez personas reales, la culpa de otras mil iniquidades, como de haber condenado á muerte al patricio Egilon con el fin de confiscarle los bienes, de haber hecho mayordomo á Protadio, aunque tan indigno del empleo, solo porque era su amante... Ninguna de estas cosas refieren los escritores mas antiguos y coetáneos, antes bien alaban mucho en Brunequilda la honestidad, liberalidad y piedad que son virtudes muy contrarias á los amores torpes, y á las confiscaciones y muertes, de que quisieran culparla los modernos.»

Por este tenor sigue Masdeu ensalzando y defendiendo á Brunequilda, de la cual quizá nos hemos ocupado demasiado extensamente, pero nuestro objeto ha sido rebatir las acusaciones que escritores extranjeros han pretendido arrojar sobre ella en mengua y desdoro de su patria.

Siguiendo, por lo tanto, ahora nuestra narracion, dirémos que el mismo año del casamiento de Golsuinda (567), falleció Atanagildo, siendo muy llorado por sus súbditos, á quienes rigiera apacible y moderadamente por espacio de trece años.

El haberse vuelto á hacer electiva la corona, y la ambicion que esto despertó entre los godos, dificultó la eleccion de sucesor, transcurriendo en medio de la confusion y el caos mas completo cinco años sin poder verificarlo, hasta que al fin fue nombrado Liuva, gobernador de la Galia narbonense, hombre probo, modesto y nada ambicioso, que se resistió á abandonar su país, y en su consecuencia solo aceptó el trono á condicion de asociar á Leovigildo su hermano de menor edad que él, pero resuelto, esforzado y de unos conocimientos poco comunes. Vinieron en ello fácilmente los godos, y Liuva, con la modestia que ya hemos dicho le era peculiar, contentóse con regir como monarca el territorio que antes tuviera á su cargo como gobernador, cediendo á Leovigildo toda la España.

Este virtuoso Príncipe no disfrutó siquiera un año su nueva dignidad; pues, en el mismo 572, en que fue nombrado, bajó al sepulcro, legando á la posteridad un ejemplo que seguir y una memoria que venerar, y á sus súbditos un rey en su hermano que habia de darles muchos dias de gloria.



MARTIRIO DE S^{TO} HERMENEGILDO

CAPITULO XLII.

Reinado de Leovigildo. — Guerra con los imperiales. — Sublevacion de los cántabros. — Conversion de su hijo Hermenegildo. — Disturbios á que da lugar. — Su muerte. — Guerra en la Galia. — Muerte de Leovigildo.

APENAS ocupó el trono Leovigildo, comprendiendo que la posesion de las plazas del litoral del Mediterráneo por los griegos era una constante amenaza y peligro permanente para su pueblo, dirigió todos sus esfuerzos á reparar la falta de prudencia que Atanagildo cometiera llamándoles en su auxilio.

A este fin hizoles la guerra encarnizadamente, y consiguió apoderarse de Málaga, Baza y Medina-Sidonia, á pesar de su viva resistencia, sobre todo en esta.

No pudo completar su expulsion, pues, para efectuarlo así, necesitaba fuerzas marítimas que no poseia; sin embargo, con la pérdida de estas plazas les hizo sufrir un golpe terrible.

Después de esto marchó sobre Córdoba, que desde que derrotara á Agila se mantenía independiente, y la sometió, tratando á sus habitantes con gran dureza.

Aprovechándose del entusiasmo de los primeros momentos que sus triunfos habian producido en sus súbditos, trató de tornar al régimen hereditario, para lo cual, reuniendo á los nobles, les expuso los peligros que siempre trae consigo un interregno, las ambiciones que en él se despiertan, y en una palabra todos los inconvenientes que puede ocasionar el no dejar sucesor un monarca; indicándoles, por lo tanto, lo conveniente que seria asociar al trono á sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, á lo cual asintieron ellos fácilmente.

Conseguidos estos nuevos triunfos, trató de desposar á su hijo mayor Hermenegildo con Ingunda, hija de Sigiberto y Brunequilda, reyes de Austrasia, para lo cual dió los pasos necesarios, que produjeron el resultado apetecido.

En su consecuencia celebráronse las bodas con gran pompa y muestras de alegría, que bien pronto ¡ay! habia de hacer desaparecer la intolerancia religiosa.

Leovigildo, viudo de Teodosia, hija del gobernador griego de la provincia de Cartagena y católica, habia á la sazón contraído segundo matrimonio con Gosvinda, viuda á su vez de Atanagildo, y arriana decidida, dando lugar la diferencia de creencias entre ella é Ingunda á que, primero por la persuasion y después por la fuerza, pretendiera convertirla al arrianismo.

Leovigildo, á fin de evitar cuestiones, cedió á Hermenegildo la Bética para que se retirase á ella con su esposa.

Una vez en este país, las reflexiones que hizo sobre la diferente conducta de su madrastra é Ingunda por una parte, y por otra los consejos de esta y de su tío Leandro, obispo de Sevilla, hicieron tal mella en su ánimo, que, abjurando el arrianismo, se convirtió á la fe católica.

Irritado con esto Leovigildo, y continuamente excitado por Gosvinda, llamó á sí á su hijo bajo pretexto de consultar con él ciertos negocios importantes; pero sospechando este los verdaderos designios de su padre, no le obedeció, lo cual acreció aun mas su irritacion y le movió á prepararse para emplear la fuerza.

Entre tanto Hermenegildo, sabedor de estos preparativos, hizolos tambien por su parte coligándose con los imperiales y los suevos, contando además con el apoyo decidido de todas las ciudades católicas que se alzaron en su favor.

Leovigildo supo por medio de la astucia ó de la fuerza deshacer esta coalicion, é inmediatamente se dirigió contra Sevilla, en cuya ciudad se habia hecho fuerte Hermenegildo, poniéndola un sitio tan apretado, que aunque los de dentro resistieron valerosamente dos años, al fin no pudieron por menos de entregarse, consiguiendo antes huir este, y dirigiéndose hácia Córdoba se acogió á la inmunidad de una iglesia.

Su hermano Recaredo, que veia con profundo disgusto las terribles contiendas que dividian al padre y al hijo, interpuso su influjo para que uno y otro cediesen, consiguiendo al fin que Hermenegildo abandonara el templo en que se habia refugiado, y que se arrojara á las plantas de su padre demandándole perdon.

Al ver el Monarca á su hijo ante sí, mandó que le despojase de las insignias reales y que fuese conducido á Sevilla, donde quedó encerrado en estrechísima prision. El Viclarensis, escritor contemporáneo como Gregorio de Tours, afirma que quedó preso en Córdoba, desde cuyo punto le desterraron á Valencia, y nos hallamos inclinados á seguir esta opinion, puesto que Juan de Viçlara, escribiendo mas cerca ó casi en el mismo teatro de los acontecimientos, habiendo llegado hasta alcanzarle algo de las persecuciones de Leovigildo, parece debe merecernos mas crédito que el que como Gregorio de Tours escribia á mayor distancia.

De todas las crónicas de aquel tiempo se desprende, y nuestro criterio tambien nos lo hace ver así, que el padre y el hijo, perdiendo completamente el paternal afecto y la ternura filial, obraban impulsados solamente por la idea religiosa el príncipe, y por la idea política el monarca.

De aquí que fuera tan difícil el llegar á un arreglo definitivo; de aquí que no pudiera sentarse sobre sólidas bases la reconciliacion de hijo y padre, puesto que, si hoy parecia todo terminado, las exigencias del uno ó el afecto que el pueblo profesaba al otro, reudiciaban al dia siguiente las anteriores turbulencias.

Otra vez hablan las crónicas de aquella época de un segundo le-

vantamiento por parte de Hermenegildo, que se alió nuevamente con los imperiales, confiando sin duda en el cariño que el pueblo, católico en su mayor parte, le profesaba, y tal vez protegido por los reyes de las Galias, que tambien eran católicos, y que tal vez desearan vengar los malos tratamientos que sufriera Ingunda.

Rómense las hostilidades de nuevo, y Hermenegildo, luchando con tan desgraciada suerte como la vez anterior, es perseguido por su padre, hasta que cayendo prisionero fue conducido á Tarragona.

Ya encerrado allí en un oscuro calabozo, tratóse de hacerle abjurar el Catolicismo. ¡Intento vano! el noble mártir resistió con firmeza cuantas sugestiones se le hicieron al efecto, desafiando la cólera de un padre duro é irritable, como sabemos, y dando pruebas de un valor y una fe admirables.

Así las cosas, y llegado que fue el tiempo del cumplimiento de Iglesia, enviósele, de orden de Leovigildo, un sacerdote arriano para administrarle la Comunión, á lo cual se negó él decididamente si no se le facilitaba un eclesiástico católico.

Tal fue la ira que se apoderó del Monarca godo al saber la frialdad con que habia sido acogido su enviado y la entereza que su hijo demostraba, que, sin consideraciones de ninguna especie, sin que le movieran en lo mas mínimo los lazos que al desdichado prisionero le unian, sin aterrarse ante la idea de ser él verdugo de su propio hijo, ordenó que le dieran desapiadada muerte.

Encargóse de realizar esta atroz sentencia un tal Siberto, que, unido á algunos otros, penetró en el calabozo de Hermenegildo, y dándole un hachazo en el cuello, á la par que separó la cabeza del tronco, convirtió en santo al que momentos antes solo era hombre.

La rebeldía y tenacidad de Hermenegildo y sus partidarios excitaron el poco sufrido carácter del Monarca, y le impulsaron á cometer las dos faltas que empañaron la gloria de su reinado, á saber, la muerte de su hijo que acabamos de referir, y la persecucion contra los católicos.

Empezó esta proponiendo el Monarca una al parecer transaccion entre ambos partidos, presentando una fórmula artificiosísima para bautizar, la cual, si bien aparentemente era católica, examinada con detencion, contenia en sí por completo la herejía de Arrio.

Para su aprobacion reunió un concilio, y en él consiguió que algunos obispos, ó débiles ó alucinados, la aceptasen; pero la mayoría la rechazó tenazmente, viniendo á aumentar la cólera de Leovigildo con su oposicion.

Y desde entonces ya no fue dureza, fue ferocidad la que tuvo para los que así se atrevian á hacerle frente, y deposiciones, destierros, prisiones, tormentos y suplicios horrosos, en una palabra, cuanto podia dañarles ó aniquilarles, otro tanto empleó con ellos, viéndose, como muy oportunamente dice un profundo historiador, en el siglo VI de la Iglesia reproducir la herejía en España escenas semejantes á las que en el III y IV habia ofrecido el paganism.

Entre tanto no descuidaba el hermano de Liuva las disidencias que estallaron entre los suevos con motivo de la muerte de Miro, su rey. Habiale sucedido Eburico su hijo; mas sublevándose contra él un magnate de su corte llamado Andeca, le arrebató el cetro cortándole el cabello, acto por el cual quedaban inhabilitados para reinar los príncipes de la raza germánica.

Leovigildo encontró en esto el pretexto que necesitaba, é invadiendo la Galicia con un poderoso ejército, se apoderó del usurpador, á quien condenó á la misma suerte de Eburico, quedando sujeto el antiguo territorio de los suevos á los godos.

Apenas terminada esta expedicion, Leovigildo se encontró envuelto en nueva guerra promovida por los francos, que cada dia ansiaban con mayor codicia despojar á los godos de la Galia gótica (1).

Pero no pudieron conseguir el objeto que se propusieron. Recaredo, hijo de Leovigildo, marchó á contener á los francos que ya habian invadido la Septimania, y á su sola aproximacion huyen aterrados. El príncipe godo penetra á su vez en el territorio enemigo y se apodera de varias plazas, regresando poco después á España, dejando aseguradas sus posesiones de nuevos ataques.

Por entonces y á consecuencia de los repetidos reveses que sufrió la princesa Ringunda, hija de Chilperico y de la famosa Fredegunda, en su viaje desde París á España para casarse con Recaredo, deshízose esta boda, enlazándose el príncipe algo mas tarde con una nobilísima dama goda llamada Bada.

Rotas otra vez las hostilidades entre los francos y los godos, tuvo Recaredo que regresar precipitadamente de la Septimania á fin de recoger el último suspiro de su padre, á quien su ancianidad y sus achaques arrebataran la vida en Toledo á fin de 586, siendo objeto de gran discrepancia entre los cronistas de la época y posteriores, si en sus postreros momentos el Monarca godo se convirtió á la fe católica instigado por Leandro, arzobispo de Sevilla.

(1) Según Gregorio Turonense, Childeberto y Gontran les decian á sus gentes: «¿No es vergonzoso que los abominables godos extiendan los límites de su imperio hasta las Galias?»



CASTIGO DEL DUQUE ARGIMUNDO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24/26.